

La esperanza de Dios

Te has fijado cada noche que la luna va cambiando de forma, desde una pequeña uñita fina y delgada, que apenas se logra ver hasta convertirse luego en un gran queso de cabra, redondo y grandioso, lleno de luz. Pero después, como si le viniera una enfermedad extraña, empieza a deformarse y achicarse sin razón aparente hasta desaparecer. De pequeña pensaba que cada vez que sucedía eso la luna no iba a volver a salir, pero a los pocos días volvía a aparecer tímida y temerosa en medio del infinito, para volver a su ciclo.

Por años, más bien siglos, el hombre le ha dado una explicación muy clara que relaciona estas formas de la luna con el sol y la posición de la tierra, lo que es absolutamente real y cierto. Sin embargo, ellos no saben la otra historia oculta en la luna que yo sé y que tú también conocerás después de leer este cuento.

Hace mucho tiempo atrás, hasta cuando los dinosaurios eran chiquititos, Dios quiso hacer una nueva especie para que lo acompañara en sus momentos de soledad y que a la vez, El le pudiera entregar el infinito amor que le tenía de regalo.

Ya habían pasado varios millones de años diseñando estrellas, pájaros, peces, árboles y un sinfín de seres, pero ninguno hasta ahora había sido capaz de acompañarlo cuando las noches se ponían oscuras y frías. A pesar de oír el lindo trino de las aves y el canto de los grillos, que lo ponían muy contento, extrañaba a alguien que le tapara sus pies y lo acurrucara con su abrazo cariñoso. Ahí fue cuando se le vino una maravillosa idea a la mente: crearía a dos seres diferentes pero de la misma especie, tan parecidos a El como su mano pudiera tallarlos. Trabajó intensamente con lijas, martillos y distintas gubias que le dieran forma al hombre y la mujer. Tanto amor puso en ello, que realmente quedaron hermosos e imponentes, con una expresión dulce y amorosa en sus ojos, igual a su Creador. Apenas estuvieron listos, Dios los sopló con el aliento de la vida y los mandó dormidos a su planeta preferido: la tierra.

Fue después de todo este trabajo que Dios se dio cuenta que al tallar el material blanquecino y brillante de la especie humana, se había pasado a llevar una de sus uñas y que el dedo le ardía de dolor. Trató de recuperarlo en su taller de nuevas especies, pero fue imposible encontrarla; quizás su uña se había caído al soplar a sus nuevos hijos al planeta. Al principio se preocupó mucho, ya que el sufrimiento crecía, pero luego dominando su dolor se calmó y se dijo a sí mismo “No te preocupes, el hombre y la mujer encontrarán tu uña perdida y cómo te quieren tanto la traerán de vuelta en unas pocas horas”.

Habían pasado unos pocos días y efectivamente los nuevos habitantes de la tierra vieron en el cielo profundo y oscuro una pequeña línea blanca y brillante que apareció en medio de la nada. Dios al verlos apreciar su uña perdida, sintió una alegría inmensa: “Al fin ellos con su cariñoso cuidado me van a aliviar mi dolor”. Sin embargo, los hombres se olvidaron antes de que se pusiera el sol de su Padre Creador y sólo creyeron que era una nueva estrella y la llamaron simplemente Luna. A medida que

pasaban los días sin buenas noticias, el dolor de Dios iba creciendo, y así también iba creciendo su pedacito de uña perdido en el cielo de los humanos, ya que existía una extraña conexión de Dios con todo su ser.

Los hombres estaban extrañados de que Luna fuera creciendo cada noche y aún mayor fue su sorpresa cuando un día la vieron redonda y brillante como el sol. Extasiados se pusieron a mirarla con detención, pero ni siquiera cuando vieron sus ojos tristes y su boca hacia abajo, pudieron recordar a su Padre del cielo. Nunca se les ocurrió agradecer todo lo que tenían a su alrededor y muy por el contrario, se vanagloriaban que todas las maravillas que disfrutaban eran fruto de su propio mérito. Cuando ya habían pasado 14 días, Dios perdió la esperanza ya que no podía creer ni ver el olvido de sus hijos predilectos. Así poco a poco, de la redondez y brillo perfecto, su uñita perdida se fue achicando y deformando hasta desaparecer completamente en la oscuridad.

Al mirar todo esto Dios quedó desconsolado: “¿Cómo mis amados hijos me han olvidado tanto, que no sólo no ven todos los regalos que les he hecho, sino que tampoco son capaces de ver mi uñita y el dolor profundo que me embarga”.

Pasó así varios días, pensando que ya nada se podía hacer. Pero luego otra brillante idea vino a su mente creadora: “Haré más hombres y más mujeres, ellos si se acordarán de mí ya que quizás en los primeros algo falló. Cuando lleguen a la tierra y vean mi uñita perdida, ellos sí se acordarán de su Padre y me la enviarán de regreso”. Repitió los pasos anteriores y efectivamente los nuevos humanos quedaron perfectos, es decir casi perfectos, ya que para sorpresa de Dios, al darles la vida, estos también se olvidaron de El. La luna, como llamaron los seres humanos a la uña divina, volvió a aparecer muy delgada en el cielo, como si tuviese miedo que no la reconocieran. Dios cerró los ojos con toda la esperanza puesta en sus nuevos hijos, pero estos nuevamente lo defraudaron. Su dolor creció y así también la luna, pero ellos tampoco fueron capaces de ver la soledad y la tristeza de Dios que se veía reflejada como un espejo en la superficie de la luna llena. El Creador nuevamente se dio por vencido y perdió la esperanza, y lentamente su uñita se fue achicando y apagando hasta la completa oscuridad.

Sin embargo, y a pesar del amor no correspondido de los hombres, Dios los siguió amando y cada vez con más fuerza. Por eso, se armaba de toda su fuerza y esperanza y volvía a crear a nuevos humanos que sí lo recordaran y lo acompañaran. Su uña perdida volvía a aparecer cada vez que Dios recuperaba las esperanzas de que sus hijos lo quisieran aunque fuera un poquito y se acordaran de El y de su adolorida uñita. Y así también volvía a desaparecer y quedar perdida en la oscuridad, igual que el corazón del Padre Creador.

Así han pasado millones de años en que Dios nos vuelve a mostrar su pequeña uñita para ver si nos acordamos que somos sus hijos y para que sepamos cuánto nos quiere. Y aún cuando pasada una quincena de días pierde la esperanza, pronto la vuelve a recuperar soñando que algún hijo se acuerde de El. Ojalá pronto llegue el día, o mejor la noche en que así sea ya que veremos la cara del Padre brillante y sonriente reflejada en la última luna llena que podamos apreciar. Dios ya tendrá de vuelta su uña perdida y de vuelta la felicidad en su corazón.